

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO



Facultad de Psicología

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Título: *De un tiempo de neurosis...*

Alumna: Piedrabuena, Paola Samanta

Legajo: P-0983/1

Docente responsable: Colovini, Marité

-2017-

Índice

Agradecimientos.....	3
Resumen.....	4
Introducción.....	5
Desarrollo.....	7
Del fin.....	14
Referencias bibliográficas.....	16

Agradecimientos

Los agradecimientos... ¿Qué agradecer, y a quién se agradece? Se agradece el compromiso, la compañía, el acompañamiento, la confianza, la transmisión; pero también el punto de enfrentamiento, la piedra en el camino siempre, la ignorancia, el desinterés.

Agradecer hoy para mí, es a todos aquellos que me permitieron preguntarme, interesarme, hurgar. Los que me ayudaron a caer, a repetir, a volver, y a reencontrar. También los que confiaron, y me brindaron la oportunidad de escuchar y escucharme, de leer, de escribir. Aquellos que hicieron el camino más ameno, divertido.

A los niños.

A los que posibilitaron que actúe.

Resumen

El presente ensayo intenta abordar algunas teorizaciones psicoanalíticas que se refieren a la neurosis en la infancia e implican diferentes perspectivas posibles. Si se hace hincapié en la etiología marcada por Freud por el adjetivo *infantil*, es necesario despejar lo que es el tiempo de un niño y también la adultez. De éstos posicionamientos se referencian aquellos que insisten sobre una diferencia y una forma de vivir distinta del niño respecto del adulto. Se introduce así aquello que marca como desencadenamiento de la neurosis infantil, un hecho psíquico coincidente con la apertura del campo del duelo, y es la pérdida del amor del padre. Como también la delimitación del tiempo del ser niño situado en relación a lo pulsional, la falta de represión en el niño que hace de ello el paso a la adultez. Con ello, y teniendo en cuenta la vía freudiana de entrada a la neurosis, se propone pensar dos fines o direcciones diferentes respecto de la praxis psicoanalítica, una respecto de los niños y otra con adultos. Se formula entonces la posibilidad de situar que el fin análisis con niños está en relación a la constitución del deseo y correlativamente del fantasma soporte de aquél.

Palabras claves: *neurosis –lo infantil –deseo – pulsión - duelo.*

Introducción

Este trabajo surge de la intención de poder ensayar un escrito acerca de un tema fundamental, en la carrera de Psicología, como es la neurosis. Y...de la relación de ese tema con la elección propia de un campo de lecturas y de trabajo posible: la infancia.

Al momento de escribir me es imprescindible no dejar de lado los autores que recorrí durante muchos años, pero sobre todo en el último tiempo de indagación. En ellos se observa un límite que marca el fin de la infancia y el comienzo de la adultez, cosa que por otra parte, no es unívoca en todos los adeptos al psicoanálisis. Pero, al fin de situar este ensayo, yo elijo éstos. No puedo decir cuál de todos es el indispensable, sí quizás puedo trazar con ellos una línea que permita expresar aquellos puntos sobre los que pretendo detenerme y que considero me permiten diferenciar el fin de análisis con niños en relación con el deseo.

De un tiempo de neurosis...

Desde el inicio de la carrera de Psicología se escucha la palabra neurosis y se instaura la necesidad de comenzar a leer, a tratar de entender qué se dice cuando se habla de neurosis.

Quizás la cosa se complica en el intento de interiorizar algunas de las primeras marcas freudianas que comienzan con la histeria; siendo por una parte, el eje principal de la teoría y por la otra, la puerta de entrada al campo de la neurosis.

Otro de los movimientos importantes de Freud (con los que uno se encuentra en el atravesamiento de la carrera), es el que explica el mecanismo de las neurosis por la causación de sus síntomas, tomando como etiología de las neurosis a la sexualidad *infantil*. En la conferencia número 20 titulada *La vida sexual de los seres humanos*, Freud expone lo siguiente:

Que los niños no poseerían ninguna vida sexual -excitaciones, necesidades y una suerte de satisfacción-, sino que la adquirirían de repente entre los 12 y los 14 años, he ahí algo tan inverosímil -prescindiendo de cualquier observación- desde el punto de vista biológico, y aún tan disparatado, como la afirmación de que vendrían al mundo sin genitales y estos les crecerían sólo en el período de la pubertad. Lo que despierta en ellos en ese período es la función de la reproducción, que se sirve para sus fines de un material corporal y anímico preexistente. Ustedes incurren en el error de confundir sexualidad y reproducción, y así se cierran el camino para comprender la sexualidad, las perversiones y las neurosis. (Freud, 1989d: 283-284)

Y agrega:

Sin duda habrán oído decir ustedes, estimados señores, que el psicoanálisis extiende de manera abusiva el concepto de lo sexual con el propósito de sustentar las tesis sobre la causación sexual de las neurosis y sobre la significación sexual de los síntomas. Ahora pueden juzgar por sí mismos si esa extensión es injustificada. Hemos ampliado el concepto de la sexualidad sólo hasta el punto en que pueda abarcar también la vida sexual de los perversos y la de los niños. Es decir, le hemos devuelto su extensión correcta. Lo que fuera del psicoanálisis se llama sexualidad se refiere sólo a una vida sexual restringida, puesta al servicio de la reproducción y llamada normal. (Freud, 1989d: 291)

Es sobre este punto que gira la cuestión de este escrito, porque a partir del adjetivo infantil surgen interrogaciones, en un principio acerca de la neurosis infantil.

¿Existe una neurosis infantil que se produce en la infancia o es el fin de la infancia lo que inaugura la neurosis infantil?

Varios textos de Freud echan luz y dejan en claro una primera aproximación a la respuesta posible.

En un prólogo a August Aichhorn del año 1925 Freud escribe:

No hay que dejarse despistar por el enunciado, plenamente justificado en lo demás, de que el psicoanálisis del neurótico adulto es equiparable a una poseducación. Es que un niño, aunque sea un niño descarriado y desamparado, no es en modo alguno un neurótico; y poseducación no es lo mismo que educación de alguien inacabado. (Freud, 1989c: 297)

Es muy clara la posición freudiana al respecto de que los niños no son neuróticos, por tanto; esto trae aparejado la cuestión de definir tiempos, momentos.

¿Qué es lo que instaura la neurosis en el adulto? ¿La instauración de la neurosis se corresponde con la adultez? ¿Dónde comienza la adultez? La diferencia entre el niño y el adulto, ¿instaura un campo de especificidad del psicoanálisis?

Este ensayo intenta dar cuenta de un recorrido de lectura que abre el campo de posibilidad de instaurar diferencias y de decir algo nuevo, de rastrear tiempos, operaciones, inscripciones; y que posibilitan un posicionamiento diferente en la praxis psicoanalítica con un niño y con un adulto.

Desarrollo

Del padre y el duelo...

Muchos autores hablan de un duelo y un tiempo necesario para la causación de la neurosis adulta, pero existe un hecho psíquico que marca la diferencia entre un niño y un adulto, tal hecho está relacionado a la cuestión del padre, y es aquello que funda el campo del duelo.

Para que este duelo se produzca tiene que estar inscripto un deseo que no sea anónimo, de un padre, que habilite a un amor hacia él. El duelo se corresponde con la pérdida de ese amor del padre.

En palabras de Pommier: "la 'neurosis infantil' se despliega entre un primer traumatismo ocasionado por el amor al padre, y el hecho psíquico por el cual se pierde ese amor ¿la neurosis propiamente dicha no comienza cumpliendo un duelo?" (Pommier, 1992: 9)

Y agrega:

Nadie podrá simbolizar de manera definitiva esa pérdida, y el duelo es lo que queda en suspenso, al menos hasta que un hecho -traumático- venga a darle consistencia. A decir verdad, no es tanto que el acontecimiento en sí sea tan traumático, sino más bien que carga con todo el peso del duelo imposible. Después del conflicto neurótico del amor, que quedó desapercibido, inconsciente, un hecho viene a cristalizar un dolor mudo hasta ese momento, ignorante de sí. (...) "El hecho psíquico" no es pura y simple repetición: gracias a él un elemento suplementario de saber hace del drama edípico un trauma, aunque el recuerdo del conflicto quede oculto por el amor. Por eso un elemento actual parecerá traumatizante, incluso insalvable, porque entre él y el drama olvidado no se habrá establecido ninguna común medida. (Pommier, 1992: 13)

Lacan ha indicado más de una vez que en el texto de la neurosis podemos ver un elemento del pasado anudado a otro presente completamente alejados el uno del otro.

La cuestión de la discontinuidad temporal irreversible, entonces, implica el síntoma en su vertiente de negación y repetición. En tanto, el hecho traumático se repite una y otra vez en busca de inscripción. En este sentido, Lacan en el seminario sobre *Las psicosis* dice justamente que "la notación de una ausencia es extraordinariamente importante para localización de una estructura" (2012a: 181). Además, un acontecimiento de la historia puede fortalecer indefinidamente la imposibilidad del duelo.

Ahora bien, si se habla de tiempo de duelo y de discontinuidad, ¿podría pensarse entonces que los cambios que se producen en la pubertad dan indicio de éste corte producido por el hecho psíquico, o que lo precipitan? Podría ser, pero se debe tener en cuenta algo más en relación a esto. En algunos planteos biologicistas que se enseñan en la Facultad, aprendemos que el niño y el adulto suman y restan reflejos, funciones; pero esto se manifiesta de manera singular, en relación a aquello que produce marcas sincrónicas.

Entonces, ¿qué marca el cuerpo del niño y hace sostén al cuerpo del adulto? Esta pregunta lleva a establecer otro punto de detención en la lectura, otro eje sin el cual el argumento de la neurosis y su despliegue me era imposible de circunscribir, a saber, aquello que aparece en la carrera como lo pulsional.

...a la pulsión

Acá se empieza a complicar la cosa, porque mientras vamos por la vía de relaciones familiares, que pueden de alguna manera ser representadas en el devenir adulto de cada uno, todo se imaginiza un poco y se capta de alguna forma. Pero la pulsión ¿cómo la decimos? ¿Cómo podemos dar cuenta de ella?

Por suerte, mientras se cursa la carrera hay muchos cursos, seminarios y jornadas, que permiten que uno tome la iniciativa de escuchar aún sin saber de qué se habla. Así se conocen varios autores y analistas que iluminan ciertos conceptos disponibles en la literatura freudiana y lacaniana, pero desde la cercanía contemporánea. Entre ellos algunos de los que me he servido aquí.

Pablo Peusner, en su libro *El sufrimiento de los niños* articula: “que el tiempo de ser niño coincide con el primero de los cortes que se pueden realizar en la diacronía vital de un organismo humano” (Peusner, 2009: 20). Indica que ese tiempo coincide con el comienzo, situado en la ruptura del principio de inercia. Frente a la exigencia de los estímulos endógenos, aparece una acción específica en el mundo exterior. El organismo es imposible por sí sólo de realizar la acción que mantenga el equilibrio. La inclusión de aquél que cumplirá esa función funda no sólo la alteridad, sino también que pulsiona de ahí en más a ese tiempo de niño, de manera desproporcionada. Es decir, con un tiempo que no es calculable.

Con Lacan, en el seminario 11, entramos en la consideración necesaria de que todo analista debe conocer por experiencia lo pulsional (dato entonces a tomar en cuenta en vías de definir un niño, un adulto y cómo el psicoanálisis puede trabajar con ello), él dice:

Algo que posee el carácter de lo irrepresible aún a través de las represiones- por lo demás, si ha de haber represión es porque del otro lado ejerce una presión. No es necesario adentrarse mucho en un análisis de adulto, basta haber analizado niños para conocer este elemento que confiere peso clínico a cada uno de los casos con los que tratamos. Ese elemento es la pulsión. (Lacan, 2012d: 169)

Ésto demuestra el aspecto por el cual la pulsión es desproporcionada en el niño. Pero además, que en el adulto hay algo en lo que hay que detenerse y puntualizar, porque no aparece la cuestión perversa de esta desproporción que sí se observa en la sexualidad polimorfa del niño, como Freud lo manifiesta en varios momentos de su extensa obra.

Aparece así una diferencia más respecto del niño y el adulto y es cómo viven la pulsión. En el niño al ser desproporcionada, admite muchas configuraciones. En el adulto, ésta se ve afectada por una presión a inscribirse y el sexo biológico produce así sus dos posibles mandatos, intentando la proporción.

Lo que introduce la desproporción es el lenguaje.

Ahora bien, hombre y mujer es la primera diferencia al nacer, biológicamente hablando. Varones y mujeres son bisexuales en sentido psicológico, ha señalado el psicoanálisis. Los dos sexos parecen tener el mismo recorrido libidinal en su desarrollo. A partir de la fase fálica, los dos buscarán el placer a través de sus órganos; el varón a través del pene, la niña hará lo mismo con su clítoris. Los dos comparten el desconocimiento de la vagina.

El objeto de amor es el mismo para ambos al principio, la madre. Para el varón seguirá siéndolo para toda la vida, mientras la niña deberá mudar de objeto de amor como así también, de zona erógena.

Ésta relación con la madre se resuelve a partir de la entrada de un tercer elemento, el padre como agente de la privación maternal, y entonces, a partir de determinada edad rige el influjo elemental de la atracción recíproca entre los sexos, previo el complejo de castración que prepara para el reencuentro con el objeto amado.

En efecto la diferencia anatómica entre los sexos no puede menos que inscribirse en consecuencias psíquicas.

Lacan (2012b) plantea respecto de la experiencia analítica, que uno de los postulados de la neurosis es que instaura una pregunta en el sujeto que versa sobre la existencia, y dice respecto de la histeria:

Esta pregunta adquiere en la histeria las formas siguientes — ¿Qué supone tener el sexo que tengo? ¿Qué quiere decir tener sexo? ¿Qué significa que pueda incluso preguntármelo? En efecto, por el hecho de la introducción de la dimensión simbólica, el hombre no es simplemente macho o hembra, sino que está obligado a situarse con respecto a algo simbolizado que se llama macho y hembra. (Lacan, 2012b: 393)

La posición de un hombre y de una mujer, en relación con los demás hombres y mujeres; está determinada según el psicoanálisis a merced del atravesamiento del complejo de Edipo, de la relación del niño con su madre pero también con su padre. El complejo de Edipo tiene una función normalizadora, dice Lacan, que es mediatizada por la ley paterna y que trae a consecuencia la posición del sujeto respecto de lo que es ser un padre y previo a eso, agregaría yo, lo que significa ser un hombre, y ¿ser una mujer? Si la diferencia anatómica es entonces, atravesada por el significante y reducida a la cuestión fálica, y determinante a partir de la castración, Colette Soler (2013) hace derivar de allí la idea de que el Edipo hace al hombre, no a la mujer. Sin embargo, es en relación al falo que se ordena la diferencia, y sus relaciones.

Aún así, el sujeto rechaza la idea de la determinación. Tener pene o vagina no significan nada, el sujeto puede elegir. Esta operación no da justa. Deja un resto al que hay que ubicar, entre el cuerpo erógeno o el cuerpo biológico.

En una entrevista Morel lo expresa en estos términos:

El psicoanálisis ¿qué puede decir sobre esto? Que la natura no es la que conduce la sexualidad. Lacan dice que la sexuación no es una cuestión de anatomía, por ejemplo. La sexuación no es indiferente a la anatomía, pero no es la que manda. Hay una distancia entre la anatomía, la natura y lo que hacemos de ella. Esa distancia en los parlêtre seres hablantes es evidente. Lo mismo la religión no es un argumento ordenador. Si uno no es religioso no debe ordenarse de acuerdo a esos principios. (Sáez, 2013: 27)

Pero entonces desde el psicoanálisis se puede interrogar sobre cuál es la etiología de las neurosis si no es orgánica ni determinada completamente. Lombardi escribe que:

El psicoanálisis evidencia que la etiología de la neurosis no es meramente orgánica, ni tampoco se reduce a un “mecanismo lingüístico”. Su causa acaece en un ser capaz de elección, y es tanto sujeto participante de una elección que alguien resulta afectado de una neurosis. El método psicoanalítico permite una revisión de la elección de la neurosis mediante una propuesta de libertad asociativa exaltada por la interpretación, de exploración de los límites de esa libertad, y de conclusión que reabre opciones vitales. Conclusión realista, ya que el plus de libertad que resulta de un psicoanálisis se apoya en lo que permanece incurable del síntoma, definido como esa parte de sí que el sujeto conoce sin reconocerse en ello. Como propuesta ética, va en un sentido radicalmente divergente de las diversas promesas sugestivas, reeducativas, farmacológicas, etcétera, que tratan al sujeto de la neurosis como un ente manipulable desde el exterior. (Lombardi, 2015: 43)

Para volver a la cuestión que hace a la especificidad del psicoanálisis con niños (luego de este recorrido un poco más teórico pero explicativo), podemos decir entonces que en el niño la posibilidad de elegir, está atravesada por varios agentes, si bien podemos pensar a través del autor que el niño puede elegir el trauma, es probable que esa elección sea forzada. O leída de manera forzada por aquellos que rodean al niño.

En el adulto la relación a lo real del sexo reviste, en cambio, carácter de actualidad. No porque se dé por primera vez, sino que es vivido como tal. En este sentido, pone en juego mecanismos nuevos que no utilizó en la infancia para ese encuentro con lo real del sexo. Pero en ese devenir elige diferentes articulaciones sintomáticas.

Otro autor contemporáneo que es interesante para pensar sobre qué conceptos trabajar respecto de un niño a diferencia de un adulto es Robert Lévy (2011), quien por su parte, centra en la infancia la noción fundamental de la falta de represión, constituyéndose ésta al borde de la metáfora. Su posicionamiento psicoanalítico respecto de este concepto de infancia, sitúa al niño en una época de su constitución psíquica *en espera* de una represión consumada, que puede o no devenir tal. Evidencia así un aspecto dinámico, del momento constitutivo del aparato psíquico del niño con la especificidad y las características de producción que eso entraña, la elección sintomática que permite y genera. Para este autor (2011) la infancia finaliza, y en consonancia con los aportes freudianos, ubica en la fisura advenida por la consumación de la represión operada de manera completa, la unificación de las pulsiones, y la instauración de la amnesia infantil al igual que Pommier. Precisamente esta amnesia supondría algo así como una prehistoria, que velando los comienzos de la vida sexual, hace perder de vista la importancia de considerar la infancia en el transcurso de la vida sexual en general. Por otra parte, el curso actual de las indagaciones sobre la represión en la infancia no debiera ignorar que los niños desconozcan el uso de la metáfora, ya que como plantea Lacan en el seminario 3 (2012a) el niño es esencialmente metonímico, y agrega, que en el universo del niño todos nos sentimos cómodos porque estamos acostumbrados a sus fantasmas: lo de arriba vale por lo de abajo, el revés por el derecho, etc. La ley del niño es la equivalencia universal y por ello no pueden fijarse en él las estructuras.

Se habla del carácter concreto del lenguaje en el niño (...). Este lenguaje no es evidentemente el mismo que aquel de su gavilla no era avara ni odiosa. El niño no hace todavía eso, no dice tampoco que el amor es un guijarro riendo al sol. Nos dicen que el niño comprende la poesía surrealista y abstracta, que sería un retorno a la infancia, es idiota –los niños detestan la poesía surrealista y les repugna ciertas etapas de la pintura de Picasso-¿Por qué? Porque no están todavía en la metáfora sino en la metonimia. Y cuando aprecian ciertas cosas de la pintura de Picasso, es que se trata de metonimia. (Lacan, 2012a: 259)

A partir de aquí queda claro que un niño es diferente de un adulto, a pesar de que este último dentro de la experiencia analítica hable en lenguaje infantil, es decir muchas veces los adultos se expresan, por sobre todo en relación con un analista, en tiempo de niño.

Deberíamos entonces pensar qué distinciones podemos poner a jugar, en la praxis del psicoanálisis con niños respecto de la del adulto.

Del acto neurótico

Aquí está el punto de anclaje de este trabajo, porque es el intento de armar algo con lo que de alguna manera se fue tejiendo en todos estos años de carrera, la cuestión de si existe una misma y única manera de pensar el análisis con niños y el

análisis con adultos, teniendo en cuenta un posible interrogante de circunscribir el fin del análisis con niños en el encuentro con el deseo.

Estos dos cortes, de los que hablábamos hace un instante, que hacen del niño y el adulto momentos y formas de vivir diferentes, plantean al psicoanálisis la pregunta por la praxis. ¿Es el mismo fin del análisis de un niño que el de un adulto? Si tenemos en cuenta el tiempo de estos cortes, de estas operaciones, podemos rápidamente asegurar que no.

En principio, el límite entre la infancia y la adultez es de algún modo expresado en una continuidad, entre por ejemplo, el juego del niño y el fantaseo del adulto. Según lo formula Freud:

El jugar del niño estaba dirigido por deseos, en verdad por un solo deseo que ayuda a su educación; helo aquí: ser grande y adulto, juega siempre a “ser grande”, imita en el juego lo que le ha devenido familiar de la vida de los mayores. Ahora bien, no hay razón alguna para esconder ese deseo. Diverso es el caso del adulto; por una parte, este sabe lo que de él esperan; que ya no juegue ni fantasee, sino que actúe en el mundo real; por la otra, entre los deseos productores de sus fantasías hay muchos que se ven precisados a esconder; entonces su fantasear lo avergüenza por infantil y por no permitido (Freud, 1989b: 129)

En Freud, esto se esclarece a partir del análisis con los neuróticos. No significa que el adulto no se permita entrar en el mundo del juego. El adulto no deja de jugar pero siempre está atravesado por la sanción del Otro. Esto determina muchas veces la patologización del niño en su hacer del juego, considerando que esto es y forma parte de su neurosis infantil. Peusner (2015) nos dice, que un analista que retrocede ante los niños se deja llevar por la neurosis del adulto; y propone, siguiendo a Silvestre (1988 en Peusner, 2015), dejar que el niño realice su neurosis tranquilamente.

Pero, ¿qué quiere decir esto de que el niño haga su neurosis tranquilamente?

Aquí se pone en evidencia el sustento de la apuesta de este trabajo, porque una vez que definimos lo que es un niño, y lo que es un adulto, aparece esta pregunta. De forma azarosa, y por andar leyendo y escuchando con todos estos recorridos, autores, conceptos dando vueltas en mi cabeza; se formó en mí la idea de que algo había en la histeria que se podía conjugar con la cuestión del tiempo, del niño y de la neurosis.

Quizás porque por ahí empezó Freud empecé a rastrear estas cuestiones para ver que resultaba. Lo primero con lo que me encontré fue con un texto del *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. Freud dice lo siguiente: “Las histerias de angustia son las más frecuentes entre las psiconeurosis pero sobre todo son las que aparecen más temprano en la vida: son, directamente, las neurosis de la época infantil” (1989a: 95).

Si se sostiene la postulación de que el niño, no es en modo alguno un neurótico, pero planteamos la histerias de angustia en la época infantil ¿qué relación se puede establecer entre la infancia y la neurosis infantil?

El punto de inflexión entre la infancia y la neurosis infantil se deduce que está en torno al deseo. Lacan en el seminario 10 (2012c), dice que a la histeria se la debe considerar como la más primaria de las neurosis, sobre la que se edifican las demás construcciones, pero además que se la debe relacionar con la estructura sincrónica y constituyente del deseo.

Sólo con esta postulación, y teniendo en cuenta el punto que hace a la marca de la adultez planteada por Pommier, por ejemplo; respecto del duelo por el padre, podríamos situar que el niño en algún momento de su devenir, ve coartada esta posibilidad de acceso al deseo por motivo de su relación al padre. Haciéndose así imposible el duelo posterior que lo situará en la adultez. Entonces retornar desde el

psicoanálisis al camino de los tiempos de la neurosis sería poder situar algo respecto de la constitución del deseo.

Pero ¿qué implica la constitución del deseo? Lacan (2012c) sitúa el deseo respecto a su distinción de la demanda, dándole así la identidad de ley. Es decir lo que constituye la puntuación de la ley es el deseo por la madre y al inverso lo que regla el deseo que lo puntualiza como tal, es la ley de interdicción del incesto. Esta ley se pone de manifiesto a través del padre. Como aquél que viene a interceder para que la madre no deje a su niño en el lugar de ser el que la completa.

Indudablemente el analista se verá entonces en la lectura del lugar que ocupa el niño en el deseo materno, de aquello que pasa en relación a este ternario (si es que se presenta como tal). Teniendo en consideración la demanda de los padres, ya que ellos son los que presentan al niño en síntoma, dilucidando a qué cuestiones responderá, si es que lo hace.

Así, ¿no puede suponerse la posibilidad de pensar al fin de análisis con niños, como aquel que permite la constitución del deseo? Si es que algo de ese ternario no funciona.

La praxis del psicoanálisis con el adulto, por su parte, deviene a partir de la puesta en juego del duelo. La manera que cada uno inventa de actuar con una pérdida que lo pone en duelo. Quien está de duelo dice Allouch (2006), se relaciona con un muerto y con un trozo de sí, y de esta manera se halla así como deseante.

Para ejemplificar voy a tomar una viñeta de un encuentro por fuera de toda experiencia de análisis, pero en la que se puede leer algo de ese enganche a la constitución del deseo, en una niña.

Viñeta

Una niña había sido internada, muy ocupada ella en su mamá, siempre trataba de que la pasara bien, o de jugar con ella, decía que cuando se curara quería una fiesta en que su mamá y ella estuvieran vestidas de princesas. Le gustaban mucho las princesas, y siempre miraba programas de televisión sobre princesas. La mamá la cuidaba día y noche, nunca salió del sanatorio, debido a que la niña no podía moverse.

El papá por su parte, no aparecía en el cuidado de la niña, no pasaba mucho tiempo con ella ni con la mamá y cuando aparecía era para pedir cosas, reclamar atención, o quejarse.

Un día la niña, jugando con un globo, dijo que quería un hermanito, y le puso el globo debajo de la remera de la mamá. La mamá dijo que no podía tener un hermanito, y (dicho textual) *menos con este papá*. Ese día esta mamá estaba muy cansada, angustiada; no sólo por cómo iban las cosas con su hija, sino también porque su pareja no la acompañaba y tenía que sostener las quejas de su pareja. En el momento del juego, dirigiéndome a la madre digo *bueno, puede ser otro papá*, a lo cual la nena expresa: *sí, un príncipe*. A partir de allí se pudo leer un cambio. Esa noche la niña comenzó a mejorar su estado de salud y en pocos días más le dieron el alta.

Quizás sea la posibilidad de tener un padre, de poder producir un corte (una separación), u operar de alguna manera lo que escribió esta historia, o quizás el azar. Lo importante es que a partir de la intervención algo cambió. No tanto para esta pareja, pero sí para esta niña y su madre. Lo posibilitador del deseo es aquí que un elemento no esté determinado de antemano, que pueda cambiar.

Cabe destacar, que aquello que se nombra como cambio puede leerse mucho tiempo después de efectuado ese encuentro y que es una lectura propia, no algo que pueda tomarse como formalmente analítico, sino una articulación posible del material trabajado en este ensayo. En la medida que aparezca como un padecimiento este padre para la madre no puede aparecer como deseado para la niña.

En este sentido, puede repasarse que:

Lacan en 1938 calculaba un desfasaje entre la normatividad edípica del deseo y lo real social de la familia conyugal moderna, para centrar el síntoma sobre la declinación de la imago paterna, es decir el padre como ideal. Poner la atención sobre el entorno familiar encuentra en efecto en la carencia paterna su justificación clínica para la mayoría de los síntomas que el niño presenta. Estos importan al entorno familiar en el punto de saber a quién particularmente se identifican. (Cottet, 2006: 2)

Si hay algo más que puede desprenderse de esta viñeta es que no quiere decir que los niños no sufran. Los niños sufren porque están esperando, esperan la separación, el corte, etc. En la inscripción de un padre, capaz de ser un *príncipe*.

Morel, dice que un niño tiene no una, sino varias maneras de separarse de su madre y sustraerse de su ley. El *sinthome* es una de ellas, sin la participación del padre. En este sentido, el análisis, su fin podría ser otra (Morel, 2012).

Estamos en una época donde el significante fálico está en decadencia. Ya no tiene el mismo valor que antes. Hay muchos sustitutos y en este sentido, me parece que hay muchos hombres que se encuentran un poco perdidos ante esta constatación, porque las mujeres tienen relación con el falo, pero tienen relación con los otros tipos de goce más que los hombres y, probablemente, los hombres están demasiados fijados con el falo. Son poco "permitidos" ante la diversidad y las mujeres me parecen más capaces de abordar estas cosas, porque están más cerca de lo real, de todas las formas distintas de ese goce fálico. Hay más que el goce fálico y las mujeres pueden aprender más esto que los hombres que están más fijados en el goce fálico. (Sáez, 2013, "Los derechos de las mujeres", párr. 6)

Respecto del pasaje del niño al adulto, Freud plantea en un comienzo, que una de las operaciones que el niño debe realizar es el desasimio de la autoridad parental. Esto a consecuencia de la diferenciación y el choque generacional; posicionando al niño más allá de sus progenitores y abriéndole un camino hacia lo social. Cabe preguntarse si esta tarea se resuelve en todos los seres humanos eficazmente, y cuáles son los elementos que se juegan en ese conflicto generacional. Pero eso será parte de otro recorrido.

Por lo pronto se concluye en lo que tiene en común el análisis como fin, tanto en el niño como en el adulto, es poder efectivizar esos cortes, recortes, y poder actuar en consecuencia o en causa. Juan Bautista Ritvo (2009) dice que uno de los rasgos centrales del pensamiento psicoanalítico es juzgar al acto como un corte, un corte ligado a una pérdida. Todo lo que Lacan dice del acto analítico está sostenido en la posición del analista, es evidente que situarse en torno al ideal, no es lo mismo que el deseo del analista. Éste que empuja a la demanda a separarse del ideal para unirse con la pulsión, así es posible poner en juego el orden de la causa.

"Actuar es atravesar un límite, fundar un nuevo comienzo, es un acontecimiento del ser, es transformar el estado civil del sujeto que ya no será el mismo" (Lombardi, 2015: 26).

Del fin

Cuando se habla de neurosis entonces se habla de una operación, y ésta se escribe a partir de dos tiempos, uno pulsional, y otro significativo. Lo que adviene allí es el sujeto, y sólo puede tomarse cronológicamente en la gramática del discurso que cada caso singular proporciona.

Este trabajo hace hincapié en cuestiones surgidas a partir de la lectura de las lecturas. En todo atravesamiento, en este caso de la carrera de Psicología, aparecen hilos que se entrecruzan produciendo puntos de articulación no en fijación, sino en constante movimiento de revisión. Los puntos que aquí se enuncian no agotan ni la praxis, ni el tema; sino que promueven solo la interrogación. Si no fuera así, sería una técnica.

Otra de las cuestiones que se deben tener en cuenta respecto de los tiempos y de la neurosis, es que el niño cuando llega análisis no viene solo, esto también habla de un tiempo, de algo que en el adulto se marca como un corte, un desprendimiento, una elección.

Un analista deberá rastrear qué lugar ocupa este niño en aquellos que lo *traen*, porque el niño no viene solo. En este sentido resulta interesante el planteo de Pablo Peusner y su propuesta de trabajar con padres y parientes. Existen muchos analistas que no tienen en cuenta los padres al momento de trabajar con el niño en cuestión. Pero pienso, y sobre todo después de poder tomar algunas consideraciones a partir de la situación vivida con la niña de la viñeta, que los padres y los parientes tienen mucho que decir al respecto del lugar del niño, y que la mejor manera de acompañar a un niño es esa. La de darse el tiempo de escuchar.

Escuchar a un niño, es poder visualizar el lugar que ocupa, y alojarlo tiene que ver con todo esto, con poder apostar allí a lo que propone él y no quedarse sólo con la demanda de aquellos que lo traen. Y un poquito más, dejarnos guiar por él. No intentar ir más allá de lo que propone en el juego acorralándolo en la palabra, ni esperar que dibuje sí o sí, o interpretar todo el tiempo perdiéndose en la teoría.

De todo esto se deduce, o se concluye, que la mejor manera de posicionarse como analista es dejar que el niño sea niño, acompañándolo, jugando, tirándose al piso, escuchándolo y sobre todo dejando que guíe en esas marcas suyas y de aquellos con los cuales se presenta.

Pero por sobre todo, no dejar que los discursos que atraviesan al niño digan lo que el niño es, sino que permitan el despliegue de los atravesamientos posibles, y de los movimientos que pueden ponerse en juego.

El tiempo no es el mismo para todos, la neurosis podrá inscribir sus tiempos lógicos, sólo si se establece como condición ética el deseo del analista, que implica respecto de este pasaje del niño al adulto, permitir el despliegue de eso que aparece en el síntoma, y sancionado más por otro que por el niño (sus padres, sus educadores, el DSM, etc.).

Entonces ¿qué es un niño? Es una pregunta que deviene en este recorrido, más allá de que se hayan propuesto algunas aproximaciones. Entre ellas, que la neurosis es un camino que comienza con la pulsión y toma consistencia en la constitución del deseo, producida por el duelo del amor al padre. Este duelo es lo que hace que se inscriba aquel corte pulsional, entendido éste como aquél que hace que el organismo sea un niño. Es en este sentido, que se sitúa en dos tiempos, uno de niño y otro de adulto. El tiempo del adulto coincide con el fin de la niñez, por la instauración de la represión y por la posibilidad de desear. Es aquello que corta, que cierra lo que abre a la posibilidad de desear.

En cuanto al fin del análisis, siempre está en relación a un deseo, pero respecto de los niños, estando estos en momentos de realización de operaciones subjetivas fundantes; la constitución del deseo es una de ellas, es necesario situar en cada caso en singular qué elementos se ponen en juego respecto de esta constitución y cuáles no como horizonte de trabajo.

Si hay algo que está cerrado para mí de lo que un niño es, es que no es allí donde lo nombran totalmente, siempre está en un margen de libertad.

La praxis del psicoanálisis es una sola, pero depende del posicionamiento del analista, de quién habla, y si lo hace en tiempo de niño o en tiempo infantil.

Todo esto no parece el fin de un escrito, simula un comienzo, un tiempo, el atravesamiento de un límite. Este límite es el del fin de mi carrera, es algo que con este escrito se inscribe en una pérdida, relanzando el deseo para empezar a leer desde otro lugar. Desde ese lugar en el que la propia posición se interroga, y el tiempo se vuelve el tiempo del discurso, del eso que habla, el tiempo de la elección, del acto, de la responsabilidad, tiempo de jugar jugándome una posición otra de la que sostengo hasta aquí, tiempo del deseo.

Referencias bibliográficas

- Allouch, Jean (2013). "La injerencia divina". Buenos Aires: Cuenco del plata.
- Cottet, Serge (2006). "El Padre Pulverizado". Visita 4 de octubre de 2017 en <https://es.scribd.com/document/313805695/El-Padre-Pulverizado-Serge-Cottet>
- Freud, Sigmund (1989a). "Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909)" en *Sigmund Freud: Obras Completas: Tomo X*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1989b) "El creador literario y el fantaseo" en *Sigmund Freud: Obras Completas: Tomo IX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1989c). "Prólogo a August Aichhorn, Verwahrloste Jugend (1925)" en *Sigmund Freud: Obras Completas: Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1989d). "20º Conferencia. La vida sexual de los seres humanos" en *Sigmund Freud: Obras Completas: Tomo XVI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, Jacques (2012a). *El seminario: Libro 3: Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques (2012b). *El seminario: Libro 4: La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques (2012c). *El seminario: Libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques (2012d). *El seminario: Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lévy, Robert (2011). *Lo infantil en psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Lombardi, Gabriel (2015). *La libertad en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Morel, Genevieve (2012). *La ley de la madre*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Peusner, Pablo. (2009). *El sufrimiento de los niños*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Peusner, Pablo (2015). *Huir para adelante*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Pommier, Gerard (1992). *La neurosis infantil del psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ritvo, Juan Bautista (2009) *El laberinto de la feminidad y el acto analítico*. Rosario: Homo Sapiens.
- Sáez, Paula (2013). "Entrevista a Genevieve Morel por La Mansa Guman". Visita 3 de noviembre de 2017 en <http://www.lapsos.cl/entrevista-a-genevieve-morel-por-la-mansa-guman/>
- Soler, Colette (2013). *Lo que Lacan dijo de las mujeres*. Buenos Aires: Paidós.